

Alfredo Díaz Gronow

## Poesía y palabra



**P**ARECIERA, así de primer intento, que entre la poesía y la palabra no hubiese otra relación que la existente entre una obra y la materia que la compone; pero la circunstancia de que ambas pertenezcan a ese Universo tan peculiar creado por el hombre bajo la vigencia del símbolo, nos indica, desde luego, que hay una relación más profunda que la suministrada por un examen superficial.

Pudiera decirse, sin que ello signifique una paradoja, que para acercarnos a la realidad debemos empezar por alejarnos de ella. Todo conocimiento se realiza a través de esa malla creada por los símbolos, pues, mediante ellos, tendemos sutiles puentes entre las cosas y nosotros. De esta manera, se superpone a la realidad física una realidad nueva constituida por los símbolos. Pero esta duplicidad de realidades en que se encuentra sumido el hombre, ha originado el predominio del símbolo sobre las cosas y con esto, en cierto modo, se

ha creado una progresiva irrealización de lo real. Es lo que expresa Bergson diciendo que «no logramos ver las cosas por sí mismas, pues nos limitamos con frecuencia a la lectura de los marbetes que llevan adheridos». Era necesario, por eso, que algo traspusiese la valla del símbolo para acercarse hasta la realidad que él encubría, era necesario que algo aprehendiese esa realidad que se sentía bullir bajo las denominaciones de las cosas. Esta tarea sólo la podían realizar ese ser extraño que es el poeta, ese ser que es capaz de salir de sí para vibrar en íntima comunión con las cosas. «Los demás viven por vivir, y nosotros, ¡ay!, vivimos para saber», dice Baudelaire en «La Fanfarlo». Para saber, no con ese saber de conocimientos organizados, como pudiera suponerse, sino con un saber simpático, con un saber que consiste en experimentar el mismo latido vital que alienta en cada cosa y en cada hombre. Esa capacidad de trascenderse para alcanzar el fundamento íntimo de lo real, constituye la raíz última del poetizar. Porque poetizar es crear, es realizar una determinada forma con una substancia única e intransferible: la palabra. La poesía crea una estructura en la realidad y cuida, a la vez, que esa estructura-símbolo guarde correspondencia con lo que ella designa. Por eso, sólo la poesía puede levantar el velo que nos separa de lo real. Y esta función del poeta ha sido desde antaño reconocida.

Platón nos dice en «El Banquete» que la poesía expresa, en general, la causa que hace pasar del no ser

al ser». El poeta extrae el Universo de una realidad inexpresable, mediante la palabra; en él adquiere pleno sentido el Verbo como substrato primigenio de lo real. Este hecho ha sido puesto en relieve modernamente por Heidegger quien, en «Hoelderling y la esencia de la poesía», dice que «poesía es dar nombres fundadores del Ser y de la esencia de las cosas, y no es un decir cualquiera, sino precisamente aquel que por primigenia manera saque a luz pública todo aquello de lo que después, en el lenguaje diario, hablamos nosotros con redichas o manoseadas palabras». Por esto mismo, para el pensamiento heideggeriano, no es la palabra un material entregado a la poesía para que se la trabaje, sino que es «la poesía misma la que, ella cual primera, hace hacedera la palabra». Consecuencialmente, «la esencia de la palabra ha de ser comprendida mediante la esencia de la Poesía».

Para comprender todo el alcance de esta afirmación es preciso que echemos un vistazo a la peculiar naturaleza de la palabra. Considerada ontológicamente, es decir, independiente de sus relaciones de conocimiento, la palabra es «un ente válido en un mundo de otros entes» (1); pero un ente cuyo ser consiste en el de un signo que apunta hacia un objeto. Aunque en este plano no importa que un sujeto cognoscente capte o no su referencia, pues ello sería establecer una relación de

---

(1) Véase, respecto a esta materia, el interesante artículo de James K. Feibleman «How to read a word», en «Philosophy and Phenomenological Research». Vol III, núm. 4).

conocimiento, hagamos notar que existe la posibilidad que ésta se establezca, y ello ocurrirá cada vez que alguien tome noticia de lo que ella designa. Pero lo singular de la referencia de la palabra es que no dice relación con un objeto determinado, sino que ella indica un objeto en general, objeto este que puede ser ejemplificado por cualquier caso particular de ese género. Luego, la palabra que designa algo lo hará siempre a través de lo general. Claro está que siempre que pensamos en un objeto no lo hacemos refiriéndonos a lo genérico— o sea, a lo abstracto— sino a un caso particular de él; pero ello no afecta al procedimiento aquí descrito. Todas estas digresiones tenían por objeto hacer notar que la palabra es un ente preñado de infinitas posibilidades: su referencia genérica encierra múltiples casos particulares. Por esto, ella denota la esencia de las cosas ¿y quién, sino el poeta, se acerca hasta ellas? Su demoníaco impulso lo lleva a instalarse en lo más cordial de todo cuanto existe, para captar sus infinitos matices y desvelarnos una realidad desconocida. Por eso, primitivamente, las palabras estaban henchidas de significaciones poéticas; pero luego cayeron bajo la hegemonía de lo utilitario y perdieron su prístina condición para reflejar una realidad empobrecida e inexpresiva. De allí que el poeta deba restituir su verdadero sentido a los vocablos. Debe eliminar la pátina que en ellos coloca el uso vulgar para insuflarles el mágico aliento que revivirá las míticas resonancias que cada uno encierra. Y quien dice mí-

tico, dice poético; que no en balde el lenguaje primitivo fué esencialmente mitopoético. El decurso del tiempo alejó las palabras de este venero y, al alejarse de su común origen mítico, ellas se fueron diferenciando, adquirieron la fisonomía de las regiones que habitaban; empezaron a encerrar significaciones foráneas bajo su corteza. Pero algo de lo primario parece percudir en forma sutil e ingrávida a través de su íntima textura. Y es en esta hermética región de la palabra que penetramos merced a la poesía; en el terreno poético captamos las esencias de las palabras y, con ello, la estructura fundamental de las cosas. Aquí desaparecen las diferencias que existen entre lo que ellas designan en virtud del convencionalismo para enfrentarnos con la unicidad de la palabra. Se realiza así, a través de la poesía, aquel «viejo sueño de una lengua adámica» (2), de la lengua primitiva y única del hombre, cuya nostalgia se ha sentido en todos los tiempos.

Y no podía ser de otra manera ya que, según dice Heidegger, «el vocabulario poético no llega a poseer su fuerza denominativa si los Dioses mismos no nos ponen en trance de palabra». Pero, cabe preguntarse, ¿cómo se produce el tránsito del decir divino a la palabra poética? La respuesta nos es dada a través de unos versos de Hoelderling:

---

(2) Véase «Antropología Filosófica», de Ernest Cassirer, pág. 242.

Los signos son,  
Desde la lejanía de las edades  
El lenguaje de los Dioses.

«El decir del poeta es un sorprender estos signos para significarlos amplificándolos a su Pueblo»: El poeta capta los signos divinos y con este material crea signos para su Pueblo: las palabras. Y existen ciertos hechos que testimonian ampliamente este aserto. Así, cuando un poeta revierte sobre el origen de una palabra, se encuentra lanzado de lleno al piélago del silencio, de lo inexpresable. «La poesía pura es silencio como la mística», expresa el abate Brémond. Ello porque ambas van a desembocar a su común origen divino, y «lo que es divino es inefable» (Plotino, *Enéada* 6.a, Tratado IX, núm. 11). Y Hoelderling también nos habla de la afinidad divina del poeta:

Derecho es nuestro, de los poetas, de vosotros los poetas,  
bajo las tormentas de Dios afinarnos, desnuda la cabeza;  
para así con nuestras manos, con nuestras propias manos,  
robar al Padre sus rayos;  
robárnoslo a El, a él mismo,  
y, envuelto en cantos,  
entregarlo al pueblo cual celeste regalo.

De ahí que en cada palabra parece haber zonas de infinita sombra, zonas en las cuales palpitan significaciones no formuladas todavía. El poeta las saca a luz

con sus «rayos» robados, y estas significaciones también son para el pueblo un «celeste regalo». Pero acontece de ordinario que el vulgo coloca su grisácea impronta sobre las palabras, ahogando así las sublimes significaciones que el poeta había hecho patentes. Por eso es que éste ha tratado siempre de substraerlas al pertinaz imperio de lo vulgar, para colocarlas en su poético habitáculo. Entre estas tentativas se encuentra la realizada por los cultistas españoles quienes, a través del empleo de vocablos rebuscados y de desusadas construcciones verbales, pretendieron realizar una poesía completamente ajena a lo trivial. Pero sólo consiguieron obscurecerla en tal forma que Lope, refiriéndose a ellos, dice en «El capellán de la Virgen»:

Oye por Dios un traslado,  
si es que de versos te agradas,  
porque yo soy un poeta  
fantástico, con lenguaje  
diabólico, de un linaje  
que aquel sólo lo interpreta  
que tiene la contracifra

Los surrealistas también han comprendido la profunda hermanación que existe entre la poesía y la palabra, y han expresado que «el lenguaje se ha dado al hombre para que haga de él un uso surrealista» (Primer Manifiesto). Y agregan en su Segundo Manifiesto: «Quien dice expresión, dice, para comenzar, lenguaje. No es necesario, pues, asombrarse de ver al

surrealismo situarse en primer lugar casi exclusivamente sobre el plano del lenguaje y, no ya como el regreso de cualquier incursión, volver a él como por el gusto de conducirse en país conquistado». Y con el dictado automático reivindican para la palabra su condición intrínsecamente poética; ésta ya no pasa por un tamiz lógico para ceñirse a los rígidos marcos del simbolismo convencional y servir así las funciones de mero vehículo del pensamiento. Ella es ahora el cauce en que se vacían las subterráneas corrientes que alimentan la persona y, a la vez, la fuerza penetrativa que irrumpe en la entraña de la realidad. Pero este «país conquistado» del lenguaje parece ser inaccesible para la gran masa, pues se le presenta como algo eminentemente absurdo. Ello se debe a que se comportan frente a las palabras de acuerdo con la lógica del sentido común; no dejan cabida al elemento maravilloso que ellas contienen. «Déjese que las palabras se organicen en libertad, y formarán frases. Y cada frase contiene el lenguaje entero y alude al mundo total», nos ha dicho Jean-Paul Sartre. Las palabras son universos mágicos percibibles únicamente a través del prisma poético. Obedecen, también, a ciertas leyes de gravitación que sólo el poeta puede formular. Por eso, «déjese que las palabras se organicen en libertad», abstengámonos de toda intencionalidad a su respecto y captaremos el alma que duerme en sus infinitas playas. No olvidemos que, como lo ha dicho Novalis, «la poesía es lo real absoluto».